

Pregón de Santiago en el Centro Gallego de Santander

23 de Julio de 2026

Queridas amigas y amigos del Centro Gallego de Santander, querido presidente, querido José Antonio, autoridades, socios, gallegos de nacimiento y de corazón, y cántabros del mar y la montaña.

Cuando José Antonio, cuando vuestro Presidente, me propuso dar este pregón, además de una enorme gratitud por todo lo que ser pregonero de Santiago significa para vosotros, sentí una enorme responsabilidad, la de ser capaz de unir Galicia con Cantabria y con la institución que tengo el honor de presidir, el Parlamento de Cantabria.

Así que con esa mezcla de ilusión, respeto y agradecimiento he querido poner en palabras lo que este regalo me ha hecho sentir.

Hablar de Cantabria y de Galicia es hablar de dos tierras que nunca necesitaron frontera para reconocerse hermanas.

Nos unen muchas cosas, nos une el verde, la lluvia que hace crecer la vida y el mar que unas veces separa y otras veces enseña el camino.

Nos une esa manera callada de sentir, tan nuestra, tan del norte, donde el afecto no siempre se proclama, pero jamás se niega.

Y nos une, sobre todo, el Camino.

Ese misterio que convirtió senderos de barro en caminos del alma.

Porque antes de que existieran las autopistas, antes de los mapas con GPS y de los relojes apresurados, ya había hombres y mujeres caminando hacia Compostela.

Venían cansados y con los pies destrozados, pero con el corazón lleno de esperanza. Y cuando atravesaban esta tierra, Cantabria, encontraban posadas humildes, fuego encendido y una mano tendida.

Y es que Cantabria fue tierra de paso, sí. Pero nunca fue tierra indiferente.

Aquí el peregrino encontró pan, agua, abrigo y conversación. Halló campanas sonando entre la niebla. Descubrió monasterios perdidos entre montañas. Tropezó con pueblos pequeños donde todavía se sabía escuchar el silencio.

Y quizá por eso el Camino del Norte tiene algo distinto.

Hay algo profundamente hermoso en pensar que, todavía hoy, 1.200 años después, el Camino de Santiago sigue atravesando el corazón mismo de nuestra vida.

Un camino que, casualidad o no, como diría un gallego, pasa justo por delante del Parlamento de Cantabria, en la calle Alta.

Cada día, mientras dentro debatimos, dialogamos, discrepamos y buscamos acuerdos, afuera continúan caminando peregrinos llegados de todos los lugares del mundo.

Algunos avanzan en silencio, caminando solos con sus pensamientos, mientras otros conversan.

Pero todos siguen la misma dirección.

Ver pasar a los peregrinos por delante del Parlamento siempre me ha parecido una imagen llena de significado.

Porque el Parlamento también es, de alguna manera, un camino. El camino democrático y de convivencia.

Un lugar donde confluyen personas distintas, ideas distintas, maneras distintas de entender la vida y la sociedad.

Y, sin embargo, todos compartimos una misma casa.

La casa de todos, igual que Compostela.

Porque Santiago nunca preguntó de dónde venía el peregrino, ni cuál era su lengua, ni cuáles eran sus ideas, bastaba con caminar.

Quizá esa sea una de las enseñanzas más hermosas del Camino y también de la democracia: entender que podemos pensar diferente y aun así avanzar juntos.

Que nadie debe recorrer en solitario el camino en una sociedad si quiere llegar a buen puerto.

Que las instituciones, como los viejos albergues de peregrinos, deben ser lugares de acogida, de escucha y de encuentro.

Resulta emocionante pensar, en las lluviosas tardes de invierno, que, desde las ventanas del Parlamento de Cantabria, casi puede sentirse el eco de tantos siglos de pasos peregrinos avanzando hacia Galicia.

Como si la historia todavía caminara junto a nosotros.

Y es que el Camino no es solamente un viaje hacia un lugar, es una conversación lenta entre el paisaje que recorreremos y el paisaje que llevamos dentro, donde cada paso tiene algo que enseñar y algo que sanar.

Un dialogo silencioso con uno mismo, escuchando aquello que el ruido cotidiano nos esconde.

Una conversación de quien viniendo de lejos continúa su viaje hacia Galicia a través de los prados de Cobreces, las montañas del Buciero o de San Glorio o los acantilados de Costa Quebrada, hasta llegar a esa plaza del Obradoiro, donde tantos han llorado sin saber muy bien por qué.

Y es que hay lugares a los que uno no llega solamente con los pies, se llega también con el alma.

Si hoy buscamos un hilo antiguo que una a Cantabria con Santiago y con Galicia, ese hilo aparece señalado en nuestra propia historia.

Cuenta la tradición que fue un cántabro, un hombre nacido entre las montañas de Liébana, quien ayudó a encender para siempre la llama espiritual de Santiago.

Beato de Liébana.

Aquel monje sabio que, desde el recogimiento de los monasterios cántabros del siglo VIII, escribió uno de los primeros cantos dedicados al Apóstol Santiago.

Qué hermoso resulta recordar que, mientras Europa atravesaba tiempos oscuros, desde una esquina pequeña de Cantabria surgía una voz que miraba hacia Galicia para nombrar esperanza.

Como si las montañas lebaniegas ya supieran que al otro lado del horizonte existía una ciudad destinada a iluminar siglos enteros.

Y desde entonces, de algún modo, Cantabria y Galicia quedaron unidas por algo más profundo que la geografía.

Quedaron unidas por la fe de los caminantes, la hospitalidad y la cultura compartida.

Por la música de las gaitas, por los puertos que vieron partir a tantos hombres hacia otros mundos, despedidos entre lágrimas en los muelles de Santander, La Coruña, Laredo o Vigo.

Unidas por las madres que esperaban su regreso, escribiendo cartas despacio.

Por todo eso y mucho, más quedaron unidas para siempre, Cantabria y Galicia.

Y es que ¡cuántas familias gallegas a lo largo de los tiempos encontraron aquí trabajo, refugio y futuro!

Cuánto han dado Galicia y los gallegos a esta tierra.

Un pequeño ejemplo lo muestra este Centro Gallego de Santander, que no es solamente una casa regional.

Es una casa de memoria porque, aquí aún se viven las canciones que trajisteis vosotros, o vuestros padres o abuelos.

Sobreviven los acentos que el tiempo no logró borrar y no quisisteis perder.

Se siguen recordando las historias que viajaron en aquellos trenes lentos, el olor de las empanadas en las fiestas familiares, el sonido de la gaita en verano, las romerías y las verbenas.

Y es que hablar de Galicia es hablar de *saudade*, incluso para quienes no nacimos allí.

El escritor portugués Manuel de Melo la definió como "un bien que se padece y un mal que se gusta".

Porque no habla solo de tristeza, habla del amor a lo vivido, del deseo de regresar a aquello que nos hizo felices.

También los cántabros sentimos ese apego a la tierra, ese *sincio* o deseo irrefrenable, esa ansia profunda por la infancia, las cocinas encendidas en invierno mientras los mayores contaban historias y afuera llovía.

De los veranos eternos junto al mar o en el pueblo de la infancia donde parecía que el tiempo se detenía.

Y es por eso por lo que Santiago sigue emocionándonos.

Porque Santiago no pertenece únicamente a Galicia.

Pertenece a todos los que alguna vez buscaron sentido, hogar o consuelo.

Pertenece al peregrino que caminó solo, a la madre que rezó por un hijo lejano que dejó su tierra con una maleta pequeña y una nostalgia inmensa.

Al marinero de Burela o de San Vicente de la Barquera que se encomendó al Apóstol antes de salir a la mar.

Y pertenece también a esta hermandad silenciosa entre Galicia y Cantabria.

Hoy celebramos al patrón de Galicia, la tierra de vuestras raíces; al patrón de Santander, la ciudad que nos acoge a todos y a la que sentimos como nuestra; y al patrón de España.

Tres formas de entender una misma celebración, una alegría compartida que al igual que el fútbol en los últimos días, une a millones de personas bajo una misma bandera y una misma ilusión.

Santiago nos convoca cada año para celebrar lo que somos, nuestras raíces, nuestra historia y los lazos de amistad que unen Galicia Cantabria y España.

Galicia y Cantabria, dos tierras acostumbradas a resistir los temporales. Dos pueblos de gentes trabajadoras.

Dos maneras de mirar el mundo con humildad y con dignidad.

Tal vez por eso nos entendemos tan bien porque sabemos que las cosas importantes no hacen ruido.

Que el cariño verdadero no necesita grandes discursos, si no que se parece más a una luz encendida en la ventana esperando con la mesa lista a quien llega cansado.

Y esta fiesta de Santiago tiene precisamente algo de eso.

Tiene algo de regreso al hogar.

Esta noche, entre amigos, entre recuerdos y entre canciones, sentimos que el Camino continúa vivo. No solamente en las sendas de piedra que llevan a Compostela, sino también en los caminos invisibles que unen a las personas.

Porque todos somos, de algún modo, peregrinos.

Peregrinos del tiempo y de la memoria que avanzamos buscando un abrazo, una verdad o una esperanza.

Y quizá el verdadero milagro del Camino sea ese: recordarnos que nadie llega solo.

Que siempre hay alguien que acompaña, una mano tendida y una tierra hospitalaria esperando.

Cantabria lo ha sido durante siglos para Galicia.

Y Galicia lo ha sido para Cantabria en el corazón de miles de familias.

Por eso hoy no celebramos únicamente a Santiago.

Celebramos una amistad antigua, una historia compartida.

El orgullo de sentirnos parte de este norte atlántico donde el mar habla el mismo idioma del alma.

Quizá por eso el Camino sigue tan vivo, porque no habla únicamente de religión ni de tradición. Habla de convivencia y de respeto, de personas distintas capaces de compartir horizonte.

Y en estos tiempos rápidos, donde tantas veces parece imponerse el ruido, el Camino nos recuerda algo esencial: avanzar juntos es la mejor forma de avanzar.

Que una sociedad digna se parece mucho a un camino bien cuidado: aquel donde siempre hay espacio para el que llega cansado.

Eso debería ser también un Parlamento. Una casa abierta donde cada voz encuentre escucha, donde las diferencias no separen, sino que construyan.

Como Compostela al final del Camino.

Como este Centro Gallego de Santander esta noche.

Permitidme terminar imaginando algo.

Imaginemos a aquel viejo peregrino medieval atravesando Escalante al caer la tarde. El cielo azul del verano, el olor a hierba seca, las campanas sonando a lo lejos. Imaginemos que alguien le pregunta:

“¿Cuánto falta para llegar a Santiago?”

Y él responde: “No lo sé. Pero siento que ya estoy más cerca.”

Eso es Galicia para Cantabria. Una cercanía que no depende de la distancia. Una emoción antigua que sigue viva.

Una casa hermana hacia la que siempre merece la pena caminar.

Feliz día de Santiago. Viva Galicia. Viva Cantabria.

Y viva para siempre la amistad entre nuestros pueblos.